

PIACERE SANGUINIO

Un joven de unos veinte años, mientras leía el diario manteniendo una postura soberbia, se hacía “espejar” sus zapatos con un lustrabotas de Avenida Libertador. Estaba sentado en una butaca tapizada de negro con cada pie en una plataforma de metal. El rubio cabello del muchacho y su delicada vestimenta contrastaba con el renegrido cabello del trabajador y su ropa vieja, lo mismo ocurría con el color de piel. Dos clases muy diferenciadas coexistían dando lugar a ese Buenos Aires siglo XXI caracterizado por la cada vez mayor *distancia entre ricos y pobres*, y la “desaparición”... bueno, no lo digamos así, digamos: “debilitamiento” de las clases medias.

A poca distancia de allí, en el piso 23 de la torre Great Power, un señor mayor con aire de doctor y obsesión por el orden, revisaba su agenda del día viernes 22 de noviembre, para lo cual faltaba un mes. En un rincón de la hoja vio dos crucecitas rojas que él esporádicamente sabía hacer y luego meditó largo rato. Aquel hombre era Don Galassi, el padre del joven, quien constituía su única familia, ya que la madre había muerto al darlo a luz. Este señor era actor y dueño de una multiplicidad de negocios anudados entre sí, entre ellos la famosa compañía de teatro de revistas *Le Glamour*. Físicamente llamaba la atención por la intensa coloración de su piel debido a la rosácea, lo cual le daba un aspecto realmente asqueroso.

Setenta y cuatro metros más abajo, en el subsuelo cedido a la portera del edificio, funcionaba una pensión en la que paraban Vanina y Ángela, dos chicas que trabajaban para *Le Glamour*. Eran dos caras bonitas y ni hablar de sus cuerpos; Vanina tenía la piel bronceada, su cara presentaba facciones finas con ojos ámbar, su cabello era lacio y de color castaño claro; Ángela tenía rulos color negro, su cara era redonda con nariz

respingada y grandes ojos grises, mientras que tenía una delicada piel blanca que enrojecía con el sol.

Las chicas acababan de despertar en pleno mediodía, pues la noche anterior había sido larga para ellas. Habían dado dos funciones en las cuales tuvieron cinco intervenciones de entre diez y quince minutos de duración, algo para dejar extenuado al más fuerte de los artistas de la casa. Ambas dormían en una misma cama de una plaza y media, una para cada lado, mejor dicho la cabecera de una estaba junto a los pies de la otra y viceversa. Cada vez que llegaban a dormir, la habitación se impregnaba de olor a alcohol o a anís o a otros aromas pestilentes de la noche larga. Aquel dormitorio rememoraba la Cuba de Fidel, ya que tenía las paredes descascaradas y en algunas partes se había caído el revoque. Una lamparita de 25w, única luminaria del lugar, colgaba de un agujero ubicado en el centro del cielo raso. En ese hoyo y también en los rincones moraban arañas patas largas.

Siempre que podía “*Vanina Jet-set*” -como se hacía llamar en el ambiente- aceptaba las invitaciones de sus admiradores, haciendo *horas extras*, ya sin la necesidad de guardar la cordura para seguir al pie de la letra una coreografía, ya sin la obligación de recordar un libreto, por lo que aquello se prestaba a los excesos. Ángela en cambio era más selectiva, sólo salía con quienes le inspiraban confianza.

Galassi buscaba mantener a su hijo alejado de la farándula, ambiente que consideraba bajo pero que había constituido la base de su fortuna y renombre. No quería que Andrés se codease con aquella *chusma*. No obstante de vez en cuando llevaba al muchacho a algún estreno suyo o clausura, como ocurrió en este caso: una coproducción con otra revista se despedía después de seis meses y como él había prometido llevarlo cumplió.

Andrés tuvo -entre bambalinas- la oportunidad de conocer a Vanina, con quien congenió gracias a la simpatía con que ella lo trató desde un primer momento. A partir de entonces comenzaron a verse. Al chico le gustaba como ella coqueteaba con él, pero especialmente le gustaban sus tetas puntiagudas, pues en su vida nunca había conocido -tan de cerca- alguien así.

A principios de noviembre Galassi convocó a Ángela y a Vanina para ofrecerles si querían acompañarlo en un nuevo trabajo. Se trataba de “Piacere Sanguinio”, su obra maestra, cuyo libreto le había llevado más tiempo que ningún otro. Les comentó que con dicho espectáculo esperaba consagrarse internacionalmente en los escenarios más exquisitos y deseaba que ellas fuesen las estrellas. Seguidamente les dio un pantallazo de cómo venía el libro y se detuvo a explicarles *la escena del sacrificio*. Les recalcó que tengan especial recato en *no comentarle a nadie de la obra*, ya que era crítico que las compañías competidoras no se fueran a enterar, a fin de evitar el robo de ideas, y les preguntó si se animaban a hacer un primer ensayo a continuación. A ellas no les extrañó esto, ya que era usual que él preparase a los artistas en los libretos que el mismo escribía. Aceptaron contentas lo que se vislumbraba como una gran oportunidad.

Después de hacer desnudar completamente a las jóvenes, Galassi hizo sentar a Vanina arriba de una mesa, en su extremo, y con una cuerda ligera la amarró contra un mueble que arrimó a su espalda. A Ángela le pidió que se acostara boca arriba sobre la mesa con las rodillas flexionadas y la cabeza entre las piernas de Vanina, las cuales debían permanecer abiertas. A continuación les pidió que guardasen silencio y puso una grabación de música clásica. Así dio comienzo a la *escena del sacrificio* mientras recitaba unas palabras en un idioma que ninguna de las dos entendió nada. Luego comenzó a recorrer con sus manos el aura de sus futuras víctimas, yendo y viniendo al

compás de las notas musicales, motivado en acrecentar -con ello- la curiosidad del espectador en saber el desenlace de aquel rito. En un momento la música hizo una pausa y las manos de Galassi cayeron frenéticas sobre Ángela, y la melodía siguió lentamente como los sensuales movimientos de aquél sobre el cuerpo de su presa, haciendo deslizar sus carnes con el contacto manual. Luego la música se volvió loca; el viejo sostuvo a Ángela por detrás de la cintura con la mano izquierda y con la derecha extrajo un gran cuchillo de utilería de entre sus ropas y con un movimiento violento lo llevó al vientre de la chica en la dirección del corazón, haciendo que su gruesa hoja se fuese para adentro de su mango y arrojase un chorro de pintura roja dando la macabra ilusión que la había apuñalado. Ángela largó un carcajada al sentir aquella sutil punción y el líquido escurrirse entre sus piernas.

-¡Silencio! —ordenó Galassi- la escena requiere dramatismo.

La chica sonrió a modo de disculpa, se mordió la lengua para no volver a reírse y permaneció lo más quieta que posible.

Con las manos sucias con sangre el viejo se arrojó mórbido sobre Vanina, haciéndole un profundo tacto vaginal. Luego le chupó los senos como un perro que revuelve su hocico en un plato y la degolló con una pequeña daga ficticia. Finalmente se fue caminando lentamente entre una música lóbrega. Su mirada lasciva y sus víctimas de fondo aún chorreando pintura roja, daban el cuadro perfecto de su última creación.

Algo más de dos semanas después, se acostó pensando en algunos ajustes que pensaba hacerle al libreto. Mañana puliría la escena crítica hasta convertirla en una maestría absoluta, propia de su genialidad.

Descansado despertó a la mañana siguiente, ansioso por ensayar otra vez. El lugar de encuentro fue el motel G, llamado así porque su dueño, el mismo Galassi, había elegido

usar la inicial de su apellido para su denominación. Como el motel G era un *punto* de placenteros encuentros eróticos, popularmente era conocido como “el punto G” y el significado original de aquella letra en dicho nombre era desconocido para la mayoría.

Sentadas en un sillón de la recepción, Ángela y Vanina, al ver llegar a su jefe salieron del letargo producido por la espera y se aprontaron de inmediato para acompañarlo a la habitación donde se iba a realizar el ensayo. Se alojaron en una suite del motel y utilizaron la cama de agua como *piedra de los sacrificios*. Allí el viejo puso en práctica sus innovaciones: al llegar el momento en que él sostenía a Ángela con la mano izquierda, en lugar de extraer el cuchillo con la derecha, optó por bajar el cierre de su bragueta, descubriendo su miembro colosal, el cual presentaba una erección a mitad de camino. Cuando iba derecho a penetrarla, inesperadamente ella comenzó a danzar notablemente sus músculos vaginales y a expulsar fluidos que se derramaban por sus labios más íntimos hasta alcanzar su apretado orificio, lo que sorprendió a su jefe (puesto que eso no estaba planeado) quien perdió la concentración mostrando una gran satisfacción en su cara. Repentinamente algo comenzó a salir de la vagina de la muchacha: una cabeza rallada de colores marrones y amarillo. Sin que nadie hiciera tiempo a reaccionar, se divisó una serpiente venenosa que abrió la boca e hincó sus colmillos en el glande que tenía enfrente. El viejo comenzó a retorcerse igual que un pescado que trata de librarse de un anzuelo y sintió al mordiscón tan fuerte que creyó que la víbora le iba a cortar el pedazo. En eso vio el rostro de Ángela: un rostro cadavérico que tenía dos cavernas en el lugar de ojos. De cada cavidad le salió una tarántula, de las cuales una de ellas le saltó a él en la cara, picándolo, mientras que la otra se le metió por el cuello de la camisa. Gritando terriblemente de dolor y de pánico se tiró hacia atrás cerrando los ojos con fuerza y dando un manotazo al arañón que tenía

en su rostro. Ya en el suelo sintió una mano moverse en su hombro. Abrió sus ojos y oyó:

-¡Papá! ¡Papá! Fue una pesadilla.

Parado al lado de su cama estaba su hijo alertándolo de lo sucedido.

La idea de la penetración surgida durante el sueño, bajo ningún punto de vista podía adoptarse en la obra, ya que según la tradición para que el sacrificio surta efecto debe hacerse a doncellas y así Ángela, que representaba a una de ellas, perdería su calidad de virgen en aquella investida de su posterior asesino. Y si al intentar desvirgarla el verdugo sufriera el ataque antes mencionado, daría un giro de 180 grados al desenlace escrito, lo cual no era del agrado de su creador. Por lo tanto consideró que no había nada rescatable en aquella descabellada pesadilla.

Como había quedado impresionado, Galassi optó por abandonar la idea de practicar en G, lugar en que efectivamente tenía pensado hacerlo. El presagio de un infortunio se había dado y más allá que no era supersticioso *por las dudas* evitó el motel. En su lugar optó por trabajar en un pequeño teatro que tenía en una quinta de la localidad de Pilar, el cual solía usar para espectáculos privados. Aquel teatro era más indicado para hacer la práctica -más allá que estuviesen ellos tres solos-, no sólo por el escenario con su iluminación y sonido, sino porque contaba con un depósito con utilería, de donde el viejo extrajo lo que sería la *pedra de los sacrificios* formada por pedazos de espuma de avión pintada, la cual parecía genuina.

Aquel 22 de noviembre Galassi dejó el escenario preparado: colocó al lado de la piedra una mesa cubierta por un lienzo que caía hasta el piso, donde puso una caja con una docena de cuchillos de utilería de donde el verdugo tomaría a gusto el arma con que consumiría cada sacrificio. El viejo reemplazó dos de los cuchillos de plástico por

cuchillos auténticos de idéntica apariencia y dibujó en su rostro una sonrisa de complacencia. A continuación se retiró a atender otros asuntos.

Varias horas antes de la cita llamó a las actrices y les ordenó que acudiesen ante el maquillador y el peinador, y que les indicasen cuál era el look que cada uno debía hacerle, acorde a lo que él previamente les explicó a ellas.

Como ocurría siempre las chicas debían estar un rato antes del horario acordado pues *el señor nunca debía esperar*. Desobedeciendo el mandato de su patrón Vanina llevó a Andrés al teatro para pasar un rato con él antes de que llegara su padre, quien no debía verlo allí. Las chicas le explicaron al muchacho el papel que hacían y luego éste se entretuvo con los cuchillos hasta que escuchó el ruido del motor de un auto que llegó. En ese instante empuñaba un gran cuchillo, advirtiendo estupefacto que era de metal macizo.

-¡Ahí viene tu padre! –se apresuró a decir Ángela y Vanina ocultó a Andrés de un empujón atrás del telón ni bien éste dejó el cuchillo en su lugar.

Don Galassi se presentó con una generosa cantidad de bijouterie para adornar los desnudos cuerpos de sus actrices. Llevó brazaletes, anillos, pulseras, collares, cadenas para los tobillos, piercing y adornos para el cabello haciendo juego. Todo de metales dorados y plateados con incrustaciones de traslucidas piedras de colores o imitación marfil, perlas de fantasía y strass. Estos adornos, sumado a la belleza de las jóvenes maquilladas y peinadas magistralmente, las convertían en una atracción irresistible del espectáculo.

Los cambios en la obra consistieron en darle un mayor hincapié a la exhibición de “la retaguardia” de las chicas, especialmente de Ángela cuando –al principio- se arrodilló sobre la piedra, de espaldas al público y se echó hacia delante hasta apoyar sus manos, quedando como un gato. Luego la escena siguió tal cual era, salvo que el actor mostró

una mayor pasión en el personaje. Al posar -el viejo- sus manos sobre los senos de Vanina y hacerle tocar los pezones uno con otro, para después separarle los pechos hacia fuera y volverlos a juntar al compás de la música, como si fueran olas en el mar, Andrés (que espiaba todo por un agujerito que había en el telón) tuvo una irreprimible erección del pene. Finalmente el viejo tomó a Ángela con el brazo izquierdo por los lumbares y blandió el cuchillo grande con el derecho.

-¡No! –gritó Andrés que salió corriendo de atrás del telón y desvió la puñalada.

Ángela salió ilesa pero parte del cuchillo entró en la ingle de Vanina, haciéndola sangrar a borbotones.

-¿Porqué lo hiciste? ¡¿Porqué?! –le pregunto Andrés indignado.

Al ver allí a su hijo, Galassi abandonó su empresa y fingió que todo había sido un accidente. Vanina fue trasladada de inmediato a un hospital pero murió desangrada en el trayecto. Ángela acusó a los Galassi de herir a su amiga de muerte cuando intentaban asesinarla a ella, pues ignoraba porqué Andrés sabía, y no ellas, que estaba ese cuchillo ahí, y por lo tanto lo consideró cómplice. El muchacho -obnubilado por la tragedia de su amor- culpó a su padre, mientras que éste no hizo nada para no comprometer a su hijo.

Al año siguiente, lustrando -con su propia ropa- los zapatos del cabecilla de un pabellón más del penal de Devoto, el joven Andrés recuerda su pasado de suntuosidad y ostentación.

Ni el dinero ni la treta de Galassi le sirvieron para escapar del encierro y el escándalo. A pesar de todo sigue gerenciando sus negocios desde una acondicionada celda de la misma prisión en que está su primogénito. Sereno deleita un vermú y mira una crucecita roja que ha hecho en una página de su agenda de dentro de unos meses: planea su

próximo crimen siguiendo su primitivo instinto, *condenado para siempre* a sentir la autorrealización -únicamente- a través del “*piacere di sangue*”.

Ale Spain